



Gracia

sea con todos vosotros

«La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros». Cada domingo somos bendecidos con estas palabras al final del Servicio Divino. ¿Qué significan estas frases? ¿Y por qué el apóstol Pablo concluyó su carta a los corintios (2 Corintios 13:14) con esta bendición?

En el siglo I, Corinto era un bullicioso centro de comercio, situado en un istmo que separaba el golfo de Corinto del golfo Sarónico y, más adelante, el mar Egeo. Debido a que viajar por la costa sur de Grecia era peligroso, los barcos o su carga eran izados a tierra y transportados por el *Diolkos*, una especie de camino pavimentado, hasta el otro lado. Esta concentración de bienes y comercio hizo que la ciudad fuera próspera.

Cuando Pablo estableció la congregación en Corinto, lo más probable es que fuera un grupo de iglesias domésticas, compuestas por un amplio estrato de personas de diversas clases sociales; desde los muy ricos y educados, hasta los libertos y esclavos. Los escritos a los que nos referimos como «primera» y «segunda» Corintios en realidad están incorporados en un torrente de cartas escritas entre Pablo y varios miembros de las iglesias domésticas en Corinto, específicamente en torno al tema de la división. Al parecer, las congregaciones de esa ciudad habían encontrado innumerables temas en los que estaban en desacuerdo: los apóstoles «favoritos», la filosofía y la retórica, la resurrección, las cuestiones del pecado, el matrimonio y las relaciones, ser «especiales» e



incluso la celebración de la Cena del Señor. A lo largo de las cartas, Pablo los exhorta a diferentes acciones orientadas a superar sus desacuerdos, principalmente, a modificar sus conductas individuales para conciliarse con el otro.

En el desacuerdo sobre la celebración de la Cena del Señor, Pablo escribe: «*Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí*» (1 Corintios 11:29). Cuando no mostramos interés por los demás, descuidamos el cuerpo de Cristo. En el siguiente capítulo, Pablo se apoya en la imagen del cuerpo de Cristo: si bien cada parte es distinta, todas son necesarias, todas están conectadas y, además, Dios ha dado mayor honor a la parte que carece de él, «*a fin de que no haya división en el cuerpo, sino que sus miembros se preocupen por igual unos por otros*» (1 Corintios 12:24-25 NVI). Esto era completamente contrario a las costumbres de la sociedad grecorromana. Las personas ricas, nobles y honorables siempre esperaban pleitesía de parte de quienes pertenecían a las clases bajas: esperaban recibir mejor comida, mejor trato, mejor todo. La ropa que vestían exteriormente expresaba su rango para que todos supieran lo que les correspondía. En pocas palabras, Pablo pone su mundo de cabeza.

Entre 1 Corintios y 2 Corintios, sabemos, por referencias, que se enviaron más cartas, y Pablo visitó Corinto y planeó visitarlos nuevamente. En 2 Corintios podemos ver que las divisiones aún no se han resuelto completamente, y algunos en las congregaciones incluso se han vuelto contra Pablo, a quien podemos ver defendiendo su apostolado en los capítulos 10-13.

Sin embargo, en toda esta tensión, Pablo termina su carta con lo que se conocería como la bendición apostólica...

«La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros».

«*La gracia del Señor Jesucristo [...]*» el orden de las Personas de la Trinidad puede parecernos peculiar. Generalmente, en una lista, hablamos primero del Padre, luego del Hijo y finalmente del Espíritu Santo (como en la Gran Comisión en Mateo 28:19). Este orden se alinea con la autorrevelación de Dios a la humanidad. Sin embargo, aquí Pablo comienza con el Señor Jesucristo, quien nos invita al conocimiento y a la participación en el Dios trino. La gracia es una cualidad de Dios; una benevolencia hacia la humanidad, otorgada gratuitamente; la bondad inmerecida, inesperada e inimaginable de Dios. Es gracia que podamos conocer a Dios como Padre, Hijo y Espíritu, y esto lo aprendemos de las enseñanzas y la Persona de Cristo. Es gracia que estemos reconciliados con el Padre a través del Hijo. Es gracia que, a través del Padre y del Hijo, el Espíritu sea enviado a la tierra para obrar y santificar a la iglesia.

Todo esto se logra por *el amor de Dios*. El amor de Dios está en el corazón del Evangelio, la historia de nuestra salvación. Dios amó al mundo de tal manera que tomó las consecuencias de nuestro pecado (la muerte) y las convirtió en redención a través de Jesucristo en la cruz. Gracias al amor de

Dios, experimentamos la gracia inmerecida del Señor Jesucristo.

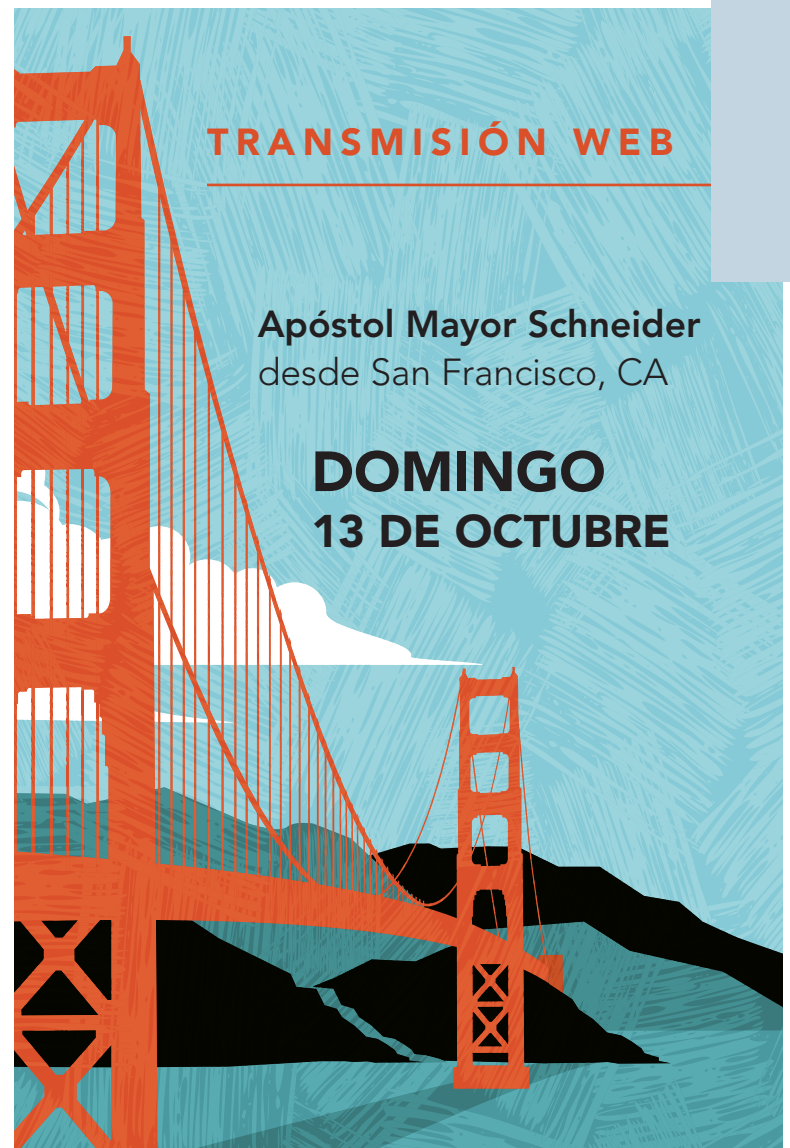
Finalmente, *la comunión del Espíritu Santo*. Primero, podemos entender que esto significa la presencia permanente de Dios en nuestras vidas. Somos enviados al mundo sabiendo que, a través del don del Espíritu Santo, el poder y la vida de Dios, Él está con nosotros dondequiera que vayamos, hagamos lo que hagamos. Pero hay un segundo significado que llega al corazón del mensaje de Pablo a los corintios. Cuando recibimos los sacramentos del Santo Bautismo y del Santo Sellamiento, estamos unidos a Cristo a través del Espíritu, y en virtud de esto también unidos unos a otros como Su cuerpo. La comunión del Espíritu Santo debe llevarnos a una comunión de gracia unos con otros.

El problema subyacente que Pablo está abordando con los corintios es la falta de gracia, amor y confraternidad armoniosa en sus iglesias. Esta bendición, entonces, nos señala las cualidades inmanentes en la presencia de Dios, que deben volverse inmanentes en la congregación. Es necesaria una transformación que conduzca a una comunidad que encarne la gracia, el amor y la comunión. La bendición capacita a la congregación para convertirse en lo que se supone que debe ser.

En nuestro Sellamiento aceptamos el llamado a ser primogénitos (ref. Catecismo INA 8.3). Esto significa que nos estamos preparando para difundir el Evangelio en el reino de paz y señalar a la humanidad hacia Jesucristo. Por lo tanto, la esencia de nuestra vida congregacional, ya hoy, debe ser anunciar el Evangelio: la historia del amor de Dios por la humanidad, preocuparnos

por los demás más que por nosotros mismos y esforzarnos por estar en perfecta unidad y comunión con Cristo y, a través de Él, unos con otros. Así es como luce una congregación llena de gracia.

La gracia, el amor y la comunión son una imagen del Dios trino, pero también una imagen de la unidad congregacional. A través del autosacrificio de Jesucristo, experimentamos el amor de Dios por nosotros y experimentamos el poder del Espíritu para transformarnos y moldearnos como iglesia, en un cuerpo unificado. Reciban estas palabras como una bendición, pero también como una responsabilidad de convertirse en el cuerpo de Cristo en un mundo quebrantado y dividido.



Una vida de ser enviado

¿Qué nos envía Dios a hacer? ¿Cómo podemos abrazar este llamado?

Podemos comenzar con nuestras declaraciones de Visión y Misión. Nuestra declaración de Visión nos dice quiénes somos y por qué estamos aquí y la declaración de Misión nos dice qué hacemos. ¡Los verbos en estas declaraciones nos dan el propósito al que Dios nos ha llamado!

Nuestra Visión es crear una iglesia en la cual personas *llenas* del Espíritu Santo y de amor a Dios, *se sientan* bien y *orienten* su vida en el Evangelio de Jesucristo, *preparándose* para Su retorno y la vida eterna.

Nuestra Misión es *ir* hacia todas las personas para *enseñarles* el Evangelio de Jesucristo y *bautizarlas* con agua y con el Espíritu Santo. *Ofrecer* asistencia espiritual y *cultivar* una estrecha comunión en la cual cada uno *experimente* el amor de Dios y la alegría de *servir* a Él y a los demás.

Por lo tanto, debemos orientarnos, prepararnos, ir, enseñar, cultivar y servir (por nombrar algunos).

¿Cómo podemos ayudar a otros a experimentar el amor de Dios? Juan 3:16 nos recuerda: «*Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna*». De tal manera amó Dios al mundo, que nos envía al mundo. Esto significa que nuestras vidas de lunes a sábado no están separadas de nuestras vidas los domingos. Ya sea que estés en la casa de Dios o

en el mundo, de cualquier manera, Dios está con nosotros y quiere obrar a través de nosotros. En todo lo que hacemos, el Señor en realidad nos está moldeando para que podamos ir y servir a personas muy específicas que encontramos en nuestras vidas. Hay ciertas manos que puedes tomar. Yo no puedo, pero tal vez tú puedas; el Señor te formó para tomar esas manos. Eres elegido específicamente (1 Pedro 2:9).

¿Cómo podemos abrazar nuestro envío? Antes de que Cristo nos envíe, Él nos trae. Venimos a la iglesia para fortalecer nuestra relación con Jesucristo para que podamos hacer Su voluntad. Pero primero tenemos que darnos cuenta de nuestra insuficiencia. Esto es parte del trabajo transformador de ser discípulo de Cristo. Reconocer nuestra insuficiencia fortalece nuestra confianza en Dios y le permite obrar a través de nosotros. **Él nos atrae para enviarnos fuera.**

Pero tenemos que decidir aceptar este llamado, decir como Isaías: «*Aquí estoy, envíame a mí*». Esto significa salir de nuestra zona de confort; requiere riesgo y sacrificio. Dios nos da la seguridad de que Él está con nosotros en la incomodidad, el desorden y la lucha. Encontramos Su presencia de una manera completamente nueva, que nos fortalece y nos permite continuar sirviendo.

Dios te ha elegido. Él te trae, te bendice y te pide que te sacrifiques. Él te da un mensaje y un propósito. Y luego Dios te envía. **¡Abraza tu envío!**